

Tal fué el resultado de estas guerras marítimas entre Inglaterra y España. Un escritor contemporáneo de aquella nación ⁽¹⁾ hizo un cálculo de que resultaba haberse sacrificado por lo menos veinte mil hombres en aquellas desgraciadas empresas, y otro escritor extranjero ⁽²⁾ supone haber sido capturados por los españoles, en todo el tiempo que aquella duró, hasta cuatrocientos siete bageles ingleses ⁽³⁾.

(1) Tindal, vol. XX.

(2) Marlés, continuación de la Historia de Inglaterra de Lingard, cap. 56.

(3) Desormeaux, tom. V.—Tindal, vol. XX.—Noticias secretas

de América.—Memorias de Walpole.—Rousset y Postlethwayte. Diccionario comercial, América española. Compañía del mar del Sur.—Campbell, Vidas de los almirantes.

CAPITULO XXI.

EJERCITOS DE LOS TRES BORBONES EN ITALIA.

LOS HERMANOS CARLOS Y FELIPE.

De 1738 á 1745.

Matrimonio de Carlos de Nápoles.—Recibe la investidura del papa.—Matrimonio del infante don Felipe.—Muerte del emperador Carlos VI. de Alemania.—Cuestion de sucesion.—Pretendientes á la corona imperial.—Derechos que alegaba España.—Alianzas de potencias.—Guerras de sucesion al Imperio.—María Teresa.—Designios y planes de los monarcas españoles.—Espedicion española á Italia.—El duque de Montemar.—El ministro Campillo.—Va otra escuadra española á Italia.—Causas de malograrse la empresa.—Guerra de Austria.—Viage del infante de España don Felipe.—Causas de su detencion en Francia.—El cardenal Fleury.—Triste situacion del ejército de Montemar.—En Bolonia, en Bendeno, en Rímini, en Foligno.—Escuadra inglesa en Nápoles.—El rey Carlos es forzado á guardar neutralidad.—Retirada de las tropas napolitanas.—Separacion y destierro de los generales Montemar y Castelar.—El conde de Gages.—Batalla de Campo-Santo.—Alianza de Austria, Inglaterra y Cerdeña contra Francia y España.—Alianza de Fontainebleau entre España y Francia.—Muerte de Fleury.—Actitud resuelta del gobierno francés.—Espedicion marítima contra Inglaterra.—Se malogra.—Gran combate naval entre la escuadra inglesa, la francesa y española reunidas.—Rompe el rey de Nápoles la neutralidad.—Los ejércitos de los tres Borbones pelean en el Mediodía y en el Norte de Italia.—Los dos príncipes españoles, Carlos y Felipe, cada uno al frente de un ejército.—Apuro de Carlos en Vele-

tri.—Vuelve triunfante á Nápoles.—Cruza Felipe los Alpes y penetra en el Piamonte.—Conflicto en que pone al rey de Cerdeña.—Sitio de Coni.—Vuelve á franquear los Alpes cubiertos de nieve, y se retira al Delfinado.

Ni el negocio tan grave de la guerra con la Gran Bretaña, ni los interiores de su propio reino, de que habremos de dar cuenta en otro lugar, habian bastado á apartar de Italia la vista de Felipe V. y menos la de la reina Isabel, que con el pensamiento siempre fijo en aquellas regiones, después de haber logrado en ellas un vasto reino para el primero de sus hijos, no desistia ni descansaba hasta ver si hacía señor de algunos de aquellos estados á don Felipe, su hijo segundo.

Fué uno de sus primeros cuidados la eleccion de esposa para el rey de Nápoles. Pensóse primero en una archiduquesa de Austria, con objeto de evitar por este medio ulteriores disturbios con el emperador; mas como éste hubiera casado á su primogénita y heredera María Teresa con el duque Francisco de Lorena, ya gran duque de Toscana, no quería dar á su hermana un rival á la monarquía. Pensóse luego en la princesa María Amalia de Sajonia, hija del elector Augusto III, rey ya de Polonia y sobrino del emperador. Encargóse la negociacion de este enlace al conde de Fuenclara, embajador de España en Viena, el cual desempeñó su comision cumplida y felizmente. Concertadas las bodas con satisfaccion de los interesa-

dos, y celebradas por poder en Dresde (9 de mayo, 1738), la nueva reina de Nápoles se puso en camino, y tuvo el placer de verse objeto de agasajos y festejos en todas las ciudades de los estados italianos por donde pasó, siendo el pontífice uno de los que se distinguieron, enviando doce cardenales á cumplimentarla. Esperábala con lucida comitiva el rey Carlos á la frontera de su reino, y reunidos los dos esposos hicieron su entrada pública y solemne en la capital (3 de julio, 1738), siendo recibidos por aquellos habitantes con una alegría tan estremada como natural, al ver que tenian en su seno reyes propios, después de tan largo tiempo como habian estado sometidos al gobierno de vireyes, ya españoles, ya alemanes.

Otra satisfaccion habia gozado el rey Carlos por aquellos mismos dias. El pontífice, no obstante las disidencias que entre los dos habian mediado, á instancias de Felipe de España resolvió darle la investidura del reino, que firmaron todos los cardenales, y recibió en su nombre el cardenal Aquaviva; bien que no faltó en ella la condicion acostumbrada de que ningun rey de Nápoles pudiera ser emperador (12 de marzo, 1738). Hízose entonces con gran ceremonia la presentacion de la hacanea, que habia sido objeto de tantas disputas, y el papa dió orden al nuncio, monseñor Simonetti, que se hallaba retirado en Nola, para que volviese á Nápoles y ejerciese las funciones de su cargo. El príncipe español tomó el nombre de Carlos VII.,

como el séptimo de los de su nombre que habían ocupado el trono de las Dos Sicilias ⁽¹⁾.

Pero al mismo tiempo Felipe V. hacía reforzar las plazas de Porto-Ercole, Orbitello y otras de la costa de Italia; cosa que no dejó de poner en recelo al emperador y á otros soberanos, suponiendo en la reina de España, en cuyas manos sabían estaban los resortes del gobierno de la monarquía, proyectos ulteriores sobre los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, para su hijo Felipe. Negociábase ya entonces el matrimonio de este príncipe con Luisa Isabel, primogénita de Luis XV. de Francia; matrimonio que se llevó á efecto al año siguiente, celebrándose los desposorios en París (26 de agosto, 1739); la princesa fué traída á España de allí á dos meses ⁽²⁾.

Aunque Felipe V., instado por las potencias, y muy principalmente por el rey su sobrino, con quien acababa de concertar este nuevo lazo de union, se adhirió por fin en julio de este año (1739) al tratado de Viena, que parecia remover ya todo género de disputa y hostilidad con el emperador, la reina no abandonaba su antiguo propósito. Y como la salud de Felipe volviera á debilitarse, y su melancolía le inspirara de nuevo el deseo de apartarse de los negocios y de abdicar la corona en el príncipe de Asturias,

(1) Beccatini, Vida de Carlos III., lib. II. en Madrid el 27 de octubre. Tenia entonces la princesa solos doce años.

(2) Los padres de Felipe salieron á recibirla á Alcalá y entró

hacia la reina todo género de esfuerzos para distraerle de este pensamiento, por temor de que subiendo Fernando al trono no pudiera intervenir en los negocios ni realizar sus planes. Algo los contrarió la muerte del papa Clemente XII (6 de febrero, 1740), con cuyo apoyo contaba; y Próspero Lambertini, que le sucedió con el nombre de Benito XIV., no era hombre dado á meterse en negocios mundanos, y de él no se prometía que quisiera entrar en sus designios. Sin embargo, aquella reina ambiciosa y diestra, procuraba ganar por mil medios á los ministros de las naciones de quienes calculaba podían prestarle mas apoyo, bien que con tal disimulo que no solían penetrar su intencion los políticos mas hábiles; y acaso en el enlace de su hijo con la princesa de Francia llevó ya la de empeñar á aquel soberano á que le ayudara en su empresa.

Cuando Isabel Farnesio revolvía en su ánimo este pensamiento que tanto la preocupaba, aconteció la muerte del emperador Carlos VI. (20 de octubre, 1740); extinguiéndose con él la línea varonil de la casa de Austria, que habia estado mas de trescientos años dando emperadores á Alemania. Este acontecimiento, que se suponía habia de causar una conmocion general y grandes alteraciones en Europa, ofreció á la reina de España una lisonjera perspectiva para la realizacion del proyecto que tanto halagaba su ambicion. De contado desaparecia el mayor obstácu-

lo que para ello habia encontrado siempre; y mucho esperaba tambien de la confusion que empezaron luego á producir las pretensiones de los muchos príncipes que aspiraban á ocupar el trono imperial vacante. Que aunque casi todas las potencias se habian comprometido por tratados solemnes á respetar la pragmática-sancion en que Carlos VI. habia arreglado la sucesion de su corona, y en su virtud era indisputable el derecho de su hija mayor María Teresa, reina de Hungría y gran duquesa de Toscana, los príncipes que se creian con derecho á aquel trono mostráronse desde luego poco dispuestos á respetar el compromiso escrito, y sí á aprovecharse del mal estado en que Carlos á su muerte habia dejado el imperio, exhausto el tesoro, y con un ejército cortó y enflaquecido á causa de sus desgraciadas campañas con el turco, que le habian obligado á suscribir á una paz desventajosa.

Entre los pretendientes á la corona imperial se contaban el elector de Baviera, único que no habia firmado la pragmática-sancion, el Palatino, el rey de Polonia, el de Prusia, el de Francia y el de España. Derivaba Felipe V. sus derechos á los estados de Austria de los convenios de familia celebrados entre el emperador Carlos V. y su hermano Fernando, segun los cuales la posesion de aquellos estados era reversible á la raza primógenita en el caso de estincion de la línea masculina, y en este sentido mandó al conde

de Montijo, embajador á la sazón en Viena, hacer una protesta que se presentó tambien á la dieta germánica. Pretendía ademas tener derechos á los reinos de Hungría y de Bohemia, como descendiente de varias princesas austriacas que se habian casado con reyes de España (1). El rey de Polonia, elector de Sajonia, sobrino del emperador difunto y suegro del rey de Nápoles, era el que podia haber disputado sus derechos mejor que otro alguno, pero conocia que habia de tener contra sí todas las potencias de Europa, interesadas en impedir la reunion de tantos y tan poderosos estados en un solo príncipe: así, mas adelante se decidió por ser aliado en vez de enemigo de María Teresa. Igual conviccion tenia Felipe V. de España, que por otra parte se hallaba todavía en guerra contra los ingleses; pero conveníale presentar sus pretensiones para distraer y ocupar á los demas príncipes, y con el propósito de aprovecharse de aquella confusion para ver de hacer un reino en Italia á su hijo Felipe. Y lo que hizo fué apoyar secretamente, de acuerdo con Francia, la pretension de el de Baviera, en tanto que provocaba un rompimiento que debilitára y distrajera el poder del Austria. No tardaron en verse cumplidos sus deseos.

Anticipóse á todos en sustituir el empleo de las

(1) Felipe V. hacia descender su derecho de la reina doña Mariana de Austria, hija de Maximiliano II., cuarta muger de Felipe II. y madre de Felipe III.

armas al de las protestas, memorias y manifiestos que hasta entonces se habian cruzado, el rey de Prusia ocupando con veinte mil hombres la Silesia. Obligó esta invasion á María Teresa de Austria á retirar una gran parte de sus tropas del Milanesado. Buena ocasion para los reyes de España que tenian puestas sus miras sobre Milan; pero ocultando mañosamente estos designios, acertaron á comprometer con hálagüenas promesas al mismo rey de Cerdeña Carlos Manuel, á que entrara en una confederacion con Francia, España, Prusia y el elector de Baviera contra María Teresa de Austria (18 de mayo, 1741). El plan que los monarcas españoles adoptaron para llevar la guerra á Italia habia sido trazado por el duque de Montemar, que habia de ser tambien el encargado de su ejecucion; y venia bien para este objeto la fortificacion de algunas plazas de la costa italiana que hacia años se habia dispuesto hiciese el rey de Nápoles. Preparóse pues un ejército y una escuadra española que habia de pasar á Italia, sin desatender por otra parte á lo de América que se defendia contra los ingleses. El duque de Montemar salió de Madrid para Barcelona (9 de octubre, 1741), de donde habia de partir la expedicion. Pero allí recibió orden del rey para que ejecutara un nuevo plan de campaña que le enviaba, enteramente opuesto al que él habia propuesto y habia sido aprobado. Aunque comprendió el ilustre general que el nuevo plan era de todo punto inconveniente, que de seguirle

se iba á desgraciar la empresa y á perder él su propia reputacion, y que el rey habia sido sorprendido y engañado por alguno de sus émulos, fué, sin embargo, preciso obedecer. El plan era en efecto del ministro don José de Campillo, que acababa de reemplazar al marqués de Villarias, y habia sido encargado de los departamentos de Marina, Hacienda y Guerra. Este ministro, envidioso sin duda de las glorias de el de Montemar, no dió cuenta al rey de tres representaciones que le dirigió haciéndole ver los inconvenientes del nuevo plan, así como la falta completa en que se veia de dinero y de provisiones para su tropa. Nada fué oido, y se le repitieron órdenes estrechas para que acelerara la partida.

Partió pues la escuadra de Barcelona (4 de noviembre, 1741), con diez y nueve batallones y muy poca caballería, y al dia siguiente emprendió Montemar su viage por tierra; el 11 de diciembre llegó á Orbitello, punto designado por el ministro para la reunion de los ejércitos de España y Nápoles, y donde ya encontró algunas embarcaciones, que merced á la proteccion de una flota francesa que habia partido de Tolon con este fin, no fueron apresadas por la escuadra inglesa de Haddock, que habia ido dándoles caza, dispersas las otras por los vientos y detenidas en las costas de Francia y Génova. La escasa caballería que iba habia padecido mucho en la embarcacion, y su gefe, don Jaime de Silva, tuvo que buscar dinero so-

bre su palabra para mantenerla. La infantería, alojada en cuarteles húmedos y estrechos, contrajo muchas enfermedades, siendo lo peor que no había medio de prestarles los necesarios socorros, y que esto producía desánimo y desercion en las tropas. De modo que se malograron los principios de una campaña, que hubiera podido dar felices resultados á haberse seguido el plan de Montemar; de todo lo cual se culpaba al ministro Campillo, á quien se suponía la siniestra intencion de desacreditar aquel general ilustre, y hacerle caer de la gracia del rey, sin mirar los daños que con su envidiosa conducta podia causar á su patria (4).

Todos los elementos con que se había contado para esta empresa se habían presentado favorables, y todo concurrió despues á malograrla. Libre el paso para las tropas españolas por la república de Génova, á las napolitanas por el territorio pontificio, pudo en poco tiempo llevarse un ejército poderoso al corazon de Italia. El rey de Cerdeña no era entonces hostil; Francia prometia la neutralidad de Toscana; un ejército francés á las órdenes del infante don Felipe debía pasar á Italia; los austriacos, acometidos en el Norte por prusianos y franceses, apenas tenían en Mi-

(4) Los escritores españoles de aquel tiempo están conformes en atribuir estos designios á Campillo; y el autor de las Memorias políticas, cuyos interesantes ana-

les de este año y el siguiente hubo la fortuna de encontrar, prorrumpe con este motivo en fuertes y muy sentidas exclamaciones.

lan la gente necesaria para las guarniciones. Con actividad y buena direccion hubiera podido el de Montemar apoderarse brevemente del Milanesado. Pero todo fué lentitud y desconcierto. Para moverse Montemar de Orbitello tuvo que escribir al cardenal Aquaviva que con toda diligencia le buscarse algún dinero con que poderse poner en marcha; y con mucho trabajo pudo el cardenal proporcionarle diez y ocho mil pesos que le remitió. Las tropas que se embarcaron en el segundo convoy que partió de Barcelona (13 de enero, 1742) en diez y ocho navíos al mando de don José Navarro, no iban mejor abastecidas que las primeras; apenas llevaban lo absolutamente indispensable para su manutencion; además una borrasca esparció las naves, las obligó á abrigarse en las islas de Hieres, y después á dar fondo en el puerto de la Espezzia. Allí tuvieron que detenerse las tropas cerca de un mes por falta de provisiones, sin poderse juntar con las de Montemar y las de Nápoles que se habían trasladado á Pésaro, y sin poder concurrir don Jaime de Silva con su caballería, aun no bien restablecida en Génova de sus padecimientos. Estas dilaciones dieron lugar á que el rey de Cerdeña se apercibiera de los proyectos de la córte de España sobre el Milanesado, y á que aprovechándose de la mediacion de Inglaterra hiciera un arreglo con María Teresa de Austria para evitar el establecimiento de los españoles en Lombardía, único modo de preservar sus Es-

tados. Aquel astuto monarca sorprendió á las córtés de Madrid y París, á las cuales habia estado entreteniendo, cuando publicó su alianza con la de Austria y sus pretensiones al Milanesado, y puso en movimiento sus tropas para impedir que avanzáran las españolas.

Por el contrario, los negocios de Austria, al principio tan desfavorables á la emperatriz María Teresa, habian tomado un rumbo próspero. Aquella princesa, que, perdida la Silesia, la Bohemia, toda el Austria superior y parte de la Moravia, y apurada por los prusianos, bávaros y franceses se habia visto precisada á abandonar la capital del imperio y á retirarse á Presbourg, se entregó á la confianza de sus húngaros, les presentó su hijo el archiduque vestido al uso del pais, imploró su auxilio, los interesó, movió sus corazones, y aquel pueblo hidalgo se levantó en masa, incluso las mugeres, en defensa de su reina, formáronse como por encanto numerosos cuerpos de ejército, y en medio de la estación mas cruda se arrojaron intrépidos sobre los franceses, los arrojaron del Austria superior, los encerraron en la plaza de Lintz, los rindieron en ella, la emperatriz pudo restituirse á Viena, y tras ella mas de cuarenta mil almas que por miedo se habian salido, y quedó desembarazada para enviar á Italia un cuerpo considerable de tropas, que ocupó una parte del territorio de Módena antes de la llegada de los españoles.

Noticiosa la córte de Madrid de estos sucesos,

apresuró el viage del infante don Felipe á Italia, que estaba premeditado, habiendo ofrecido la Francia veinte mil hombres de sus tropas que se habian de reunir al infante español para hacer frente á los austro-sardos en Lombardía. Nombráronse los gefes de la casa del príncipe, y diósele por ministro al marqués de la Ensenada: acompañábale un cuerpo de ciento cincuenta guardias de Corps. Pero el cardenal de Fleury, que siempre habia mostrado poco interés por las cosas de España, atendió mas á reforzar el ejército de Bohemia, mandando pasar allá el que estaba en Westfalia para contener en sus victorias á los húngaros y austriacos. Y cuando el infante español llegó al puerto de Antibes, no solo no se le juntaron las tropas prometidas, sino que ni permitió el cardenal que las escuadras española y francesa que estaban en Tolon favoreciesen el transporte del infante á Italia, como hubieran podido hacerlo unidas, contrayendo la armada inglesa que estaba á la vista de aquel puerto. Asi se malogró la ocasion de ejecutar el intento y fin que la córte de España se habia propuesto con la precipitada marcha del infante Felipe.

Aunque el marqués de Castelar, que mandaba las tropas españolas del segundo convoy, habia logrado incorporarse con las de Montemar en Pésaro, donde estaban tambien las de Nápoles capitaneadas por Castropignano, habia sido tal y tan escandalosa la desercion, que el ejército aliado se hallaba reducido á la

cuarta parte. Sin embargo, apurado Montemar por las órdenes apremiantes del ministro Campillo, y animado con la esperanza que este le daba de que pronto llegaría con una fuerte división el infante don Felipe, movió su campo y llegó hasta las puertas de Bolognia, donde á pesar de su vigilancia y la de los demás gefes se le desertaron mas de tres mil hombres, sin que pudiera saberse su paradero, porque los boloñeses, enemigos de la casa de Borbon, los ocultaban y encubrían (mayo, 1742). Nunca se habia visto desercion igual en las tropas españolas; no habia disciplina en las napolitanas: contagiábanse y se viciaban mutuamente unos á otros, y todo era robos, saqueos y desórdenes. El rey de Cerdeña, ya aliado de Austria, y el general alemán Traun, cada uno con poderoso ejército, se venian encima de los españoles; y para que todo fuese fatal y adverso, el duque de Módena, que por un tratado con el rey de España debia asistir á Montemar con siete mil hombres y franquear una de las plazas fuertes de sus Estados para almacenar á eleccion del general español, poco á poco fué eludiendo el compromiso, resolviendo por último retirarse á Venecia. Era pues imposible en tal situación atacar con éxito á los enemigos, y aun muy difícil estar á la defensiva. Y con todo eso, no cesaba el ministro Campillo de apretar con órdenes para que se diese la batalla, acusando al de Montemar de lento y tímido para precipitarle. Con tal motivo celebró el

duque un consejo de oficiales generales, los cuales casi por unanimidad acordaron enviar al rey una representacion enérgica, esponiendo las gravisimas razones que tenian para no obedecer las órdenes del ministro ⁽¹⁾.

En virtud de este acuerdo levantaron ambos ejércitos con la mayor precaucion el campo, y se encaminaron á Bendenó, no sin ser muy molestados en su marcha. Allí se fortificaron, y permanecieron por espacio de un mes, con la vana expectativa de que el infante don Felipe con el general Glimes se abriera paso por Génova, y acometiera las plazas de Lombardia, y distrajera por allí al enemigo. Pero las naves inglesas que bloqueaban á Tolon y vigilaban la costa no permitian el paso á ningun buque español ni francés; sin que el cardenal de Fleury se diera por sentido, ni se viera una sola disposicion suya para enfrenar la osadía de la escuadra británica, despues de haber dicho en son de amenaza hacia pocos meses que miraria la presencia de los navíos ingleses en aquellos mares como un rompimiento. Aquella política ambigua, irresoluta, incierta, del purpurado ministro francés, pero nunca favorable á los intereses de España, causó un daño inmenso á nuestra nacion y á la em-

(1) Esta notable representacion, que se hizo en el campo de Fuerte Urbano el 9 de junio de 1742, la firmaron los oficiales generales de ambos ejércitos español y napolitano. La inserta integra, con los nombres de todos los firmantes, don José de Campo-Raso en sus Memorias políticas.